

PLIEGO

Vida Nueva
3.211. 13-20 DE
FEBRERO DE 2021



“Lo que nos espera”

Juego de pistas para una Cuaresma
hambrienta de esperanza

JORGE A. SIERRA, FSC

El próximo día 17 (Miércoles de Ceniza), aunque no hayamos tenido carnavales, llega una nueva Cuaresma. Seis semanas de este incierto y convulso 2021 en las que la Iglesia nos invita a recorrer con Jesús los caminos desde Galilea a Jerusalén, para prepararnos a un misterio tan grande que no cabe en una única celebración. ¿Puede este tiempo litúrgico ofrecernos una serie de “pistas”, a modo de ruta de senderismo, para seguir caminando? Desde los rastreos en los campamentos hasta los modernos ‘escape rooms’, sabemos que encontrar y descifrar una pista nos da un impulso de esperanza, una agradable sensación de avance, de que alguien ha dejado un indicio para que lo encontremos, de que, aunque no lo conozcamos, hay un plan. Busquemos algunas de esas pistas.

No hace mucho que estrenamos un nuevo año y, para muchos de nosotros, la sensación es de incertidumbre, de no saber muy bien qué nos deparará el futuro. Hasta en algunos anuncios radiofónicos se ha recuperado la canción *Qué será, será*. Al enorme desconcierto del año 2020 se ha sumado un 2021 que empezó fuerte... y lo que todavía nos espera. Políticos, tertulianos, epidemiólogos, “opinadores” en general llenan los medios de comunicación, que parecen atrapados en un eterno día de la marmota, repitiendo a diario casi lo mismo. Todo ello sazonado de acontecimientos que nos dejan de vez en cuando con la boca abierta: el asalto al Capitolio por una horda de desarrapados, la enésima ocurrencia del *youtuber* de moda, un contrato deportivo que como mínimo parece vergonzoso o una desgraciada explosión que podía haber sido aún más trágica.

Me pregunto si todos estos acontecimientos –mientras vivimos la descomposición de un sistema que nos parecía tan robusto, en el que incluso los cimientos más seguros de nuestra vida se ven afectados (familia, trabajo, proyectos...), con pocos asideros a los que aferrarse y una constante tensión entre “salvar” la economía y “salvar” personas– no nos hacen sentirnos perdidos y, por lo tanto, con miedo. El miedo es perfectamente humano y un mecanismo útil e imprescindible, pero es un mal consejero cuando hay que avanzar. Tiende a hacernos apretar los puños y a dejar inmóvil a la persona, sobre todo cuando lo de ahora nos da pavor, pero ¡ojo a “lo que nos espera”!

Surge entonces la imagen y el recuerdo de estar perdidos, realmente desorientados, en un terreno

totalmente desconocido, sin saber siquiera si hay caminos de salida o si vamos a ser capaces de recorrerlos. Si el miedo nos atenaza, la respuesta no es siempre el grito de terror, también lo es la apatía, las caras grises, incluso la salida de tono con quien menos lo merece. Y todo ello es perfectamente comprensible.

Entonces llega, muy pronto, de forma casi sorpresiva, cuando muchos no sabemos decir ni cuándo cae la Semana Santa, una nueva Cuaresma. La vieja Doña Cuaresma, la de la seriedad y el sacrificio, aunque no hayamos tenido carnavales, como si no estuviésemos viviendo ya una cuaresma continua. Seis semanas en las que la Iglesia, a los pocos que van a los templos y a los que intentan vivir en cristiano, invita a recorrer los caminos desde Galilea a Jerusalén, con Jesús, para prepararnos a un misterio tan grande que no cabe en una única celebración.

¿Puede darnos esta Cuaresma una serie de “pistas”, como en una ruta de senderismo, para, al menos, caminar? Desde los rastreos en los campamentos hasta los modernos *escape rooms*, sabemos que encontrar y descifrar una pista nos da un

impulso de esperanza, una agradable sensación de avance, de que alguien ha dejado un indicio para que lo encontremos, de que, aunque no lo conozcamos, hay un plan. Busquemos entonces algunas de esas pistas.

COMIENZO DE PISTA



La Cuaresma comienza con el Miércoles de Ceniza, día en el que se nos recuerdan las enseñanzas de Jesús sobre la hipocresía y sobre la justicia de Dios. Es un buen comienzo, porque nos anima a ir a lo fundamental en la fe: la relación personal con el Dios de Jesús. Aunque recorramos un camino desconocido, necesitamos al menos la seguridad de saber desde dónde partimos o, mejor, desde Quién empezamos.

Una de las ventajas de nuestro tiempo es que, al encontrarnos un tanto perdidos, en la incertidumbre, tenemos pocas respuestas. ¡Menos mal! Porque, cuando no tenemos respuestas, cuando se nos escapan las certezas, cuando no podemos poner palabras ni seguridades a casi nada, incluso cuando estamos

En aquellos días, después de hablar Jesús en la cena, uno de los invitados, al oírlo, dijo: “¡Dichoso el que coma en el reino de Dios!”. Jesús le contestó: “Un hombre daba un gran banquete, al que invitó a muchos. Hacia la hora del banquete envió a su criado a decir a los invitados: ‘Venid, que ya está preparado’. Pero todos, uno tras otro, se fueron disculpando. El primero dijo: ‘He comprado un terreno y tengo que ir a examinarlo; te ruego me disculpes’. El segundo dijo: ‘He comprado cinco yuntas de bueyes y voy a probarlos; te ruego me disculpes’. El tercero dijo: ‘Me acabo de casar y no puedo ir’.

El criado volvió a informar a su amo. El amo de casa, irritado, dijo al criado: ‘Sal aprisa a las plazas y calles de la ciudad y trae aquí a pobres, mancos, ciegos y cojos’. Regresó el criado y le dijo: ‘Señor, se ha hecho lo que ordenabas y todavía sobra sitio’. El amo dijo al criado: ‘Sal a los caminos y veredas y obígalos a entrar hasta que se llene la casa’. Pues os digo que ninguno de aquellos invitados probará mi banquete’.

Lc 14, 15-24

más insatisfechos, hay hueco para Dios. El Dios de Jesús es especial: le gusta lo pequeño, lo humilde, lo que es un poco ignorante y limitado... Me atrevo a creer que se siente menos cómodo allí donde todo está claro.

Esto se ve claramente en algunos de los relatos que nos hablan de Jesús. Él sí que era contradictorio, no podemos clasificarle. Si no, que se lo digan al amable hombre rico que le invita a una gran comida y recibe a cambio una parábola que más bien parece un tirón de orejas. La primera invitación es a re-descubrir al Dios de Jesús a través de una parábola, la de "los invitados al banquete" (p. 24), según nos la propone Lucas¹.

Me imagino la escena de la comida con Jesús y del relato que cuenta, y me parece que, al final, hay mucha gente que acaba insatisfecha: para nadie acaba la cosa tal cual la tenían pensada al principio. Los planes no han funcionado. Las respuestas "sabidas" ya no tienen sentido. ¿Nos resulta familiar?

Para Jesús, el banquete y su preparación es una imagen especialmente apropiada del Reino de Dios. Nosotros mismos, si preparamos una fiesta, necesitamos mucha anticipación. En realidad, todo lo que queremos que salga bien requiere de mucha previsión. Por eso, quizás, cuando preparamos algo con todo el corazón, se generan sentimientos y las decepciones son especialmente amargas. En estos meses hemos tenido que aprender a aceptar esas desilusiones, algo que, como a los personajes de la parábola, nos provoca grandes emociones.

Lucas sitúa en primer plano la urgencia de la invitación al banquete de Dios y coloca la decisión de aceptar o no la invitación como definitiva e irreversible. En toda su obra, la parábola está situada dentro de contexto claro: antes, en Lc 14, 7-14, se habla de los marginados, que son invitados por su propio bien y sin dar nada a cambio; después, en Lc 14, 25-35, se habla del seguimiento, y en el capítulo 15 se presentan tres parábolas que tratan de la acogida de "lo perdido". El acento en Lucas, por tanto, se pone –como sucede a menudo en este evangelista– en el seguimiento de Jesús y en la atención a los más humildes².

La hospitalidad, como sabemos, era muy importante en el mundo antiguo. Lo habitual era invitar a "iguales", de la misma categoría social, aquellos que te podían corresponder. Un poco como quien hace un regalo esperando recibir un presente similar de vuelta, algo nada ajeno a nuestro tiempo. En la parábola, sin embargo, los invitados rechazan la invitación. Y la rechazan todos, cada uno aduciendo sus razones, perfectamente razonables. Solemos hacer caricatura de esas excusas, pero en la tradición judía posterior se llama hipócrita a aquel que en la noche de bodas pretende realizar la oración vespertina (naturalmente, en ese momento tampoco estará dispuesto a aceptar ninguna invitación) o se recuerda que quien compra un campo debe "bordearlo" para tomar posesión de él. No digamos ya de una inversión tan grande como cinco yuntas de bueyes, que no se puede hacer si no es presencialmente. Y seguramente cabrían muchas otras excusas.

No se trata de excusas vacías, y Lucas no las tacha de tales. Lo que se critica es, más bien, que, dada la importancia de la invitación, los convidados no tengan claras sus prioridades. Podemos leerlo como una pregunta que se nos lanza también

ahora: a la vista de una invitación tan importante, ¿cuáles son mis prioridades? Cuando mucho de lo que me daba seguridad hace solo unos meses parece que tiembla, ¿vivimos la oportunidad de descubrir qué es lo esencial y qué es lo accesorio? ¿Cómo se ve afectada mi imagen de Dios en esta nueva Cuaresma?

Revisemos, pues, nuestras excusas y, de paso, ¿qué nos dice sobre nuestro inicio de ruta, sobre el Dios en quien queremos creer? Quizá nos ayude a recordar algunas verdades fundamentales: es Padre, pero no un cómplice fácil; es juez, duro con el pecado, pero tierno con el pecador; es un Dios de los pequeños, también de los que ahora nos sentimos más frágiles; y es un Dios de libertad frente al deber, sobre todo si alguien pretende presentarse ante Él con una "factura por los servicios prestados".

Antoine de Saint-Exupéry, el famoso escritor francés, respiraba esta predilección por lo pequeño en todos sus escritos. En un período especialmente difícil de su vida, escribió esta oración para pedirle a



JUEGO DE PISTAS PARA UNA CUARESMA HAMBRIENTA DE ESPERANZA

» Dios un regalo extraño: la sencillez y la fidelidad tranquila y serena en las pequeñas decisiones de cada día³:

No pido milagros y visiones, Señor, pido la fuerza para la vida diaria. Enséñame el arte de los pequeños pasos.

Hazme hábil y creativo para notar a tiempo, en la multiplicidad y variedad de lo cotidiano, los conocimientos y experiencias que me atañen personalmente.

Ayúdame a distribuir correctamente mi tiempo: dame la capacidad de distinguir lo esencial de lo secundario.

Te pido fuerza, autocontrol y equilibrio para no dejarme llevar por la vida y organizar sabiamente el curso del día.

Ayúdame a hacer cada cosa de mi presente lo mejor posible, y a reconocer que esta hora es la más importante.

Guárdame de la ingenua creencia de que en la vida todo debe salir bien. Otórgame la lucidez de reconocer que las dificultades, las derrotas y los fracasos son oportunidades en la vida para crecer y madurar.

Envíame en el momento justo a alguien que tenga el valor de decirme la verdad con amor.

Haz de mí un ser humano que se sienta unido a los que sufren. Permíteme entregarles en el momento preciso un instante de bondad, con o sin palabras.

No me des lo que yo pido, sino lo que necesito. En tus manos me entrego. ¡Enséñame el arte de los pequeños pasos!

Antoine de Saint-Exupéry

Ya hemos comenzado nuestro camino. Se construirá con muchos pequeños pasos, quizás no siempre en la misma dirección. Pero caminando.

PELIGRO



La pista de peligro nos resulta familiar, aunque jamás hayamos hecho senderismo. Más aún, en estos últimos meses. Hay autores clásicos que dicen que es en los momentos de crisis donde se ve la madera real de la que están hechas las personas.

A veces me parece que lo que más ha subido, además de los contagios y de la desesperanza, es el enfado, la indignación, incluso el desprecio con juicios de brocha gorda. Es un gran peligro, que nos despista de la verdadera lucha, que es contra la muerte. Quizá sea más difícil de detectar, al ser interno. Tal vez no estamos entrenados para detectar las incoherencias propias, pero quizá no deje de sorprendernos una sociedad capaz de aplaudir juntos, a la misma hora, pero también de dejar mensajes a los sanitarios para que no se acerquen a sus casas...

Quizá la parábola de los invitados al banquete que hemos leído nos pueda ayudar. De hecho, se ve claramente la cólera del anfitrión (ojo a todos los que ya lo hayan equiparado con Dios... ¡nadie dice que sea Él! Una parábola, precisamente por serlo, siempre tiene muchas facetas). Ciertamente, se disgusta, pero el banquete ha de tener lugar, así que afronta su enfado con creatividad. Nada de tirar la comida: que vengan otros invitados, unos que no puedan corresponder ni sean conocidos por su posición social. De hecho, los descastados de una sociedad y un sistema religioso que consideran la enfermedad y la discapacidad como signos de una mala relación con Dios: pobres, discapacitados, ciegos y cojos. Que vengan, que se llene la casa. Para los únicos que no habrá sitio será para los que rechazaron la primera invitación.

Seguramente también tengamos la experiencia de que alguien avise en el último momento, o directamente no se presente o, como dicen los jóvenes,

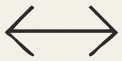
“te deje en visto en WhatsApp”, el mayor desprecio posible. ¿Qué hacer con tantos compromisos que no hemos podido atender durante estos meses, por más que nos apetecieran? ¿Y qué hacer cuando ves a un vecino saltarse las normas que intentas llevar al pie de la letra? ¿O cuando alguien se cuele no ya en el supermercado, sino con la vacuna?

Tal vez en esta Cuaresma hambrienta necesitemos darle espacio a este sentimiento de desasosiego. Tal vez de cólera con más o menos razón, que al final poco importa, porque nadie puede decir que no tengamos derecho a enfadarnos. En la parábola hay muchas emociones: no se ve claramente al “Dios amigo”, que a veces creemos tener domesticado; se deja entrever el disgusto del criado, que solo recibe negativas y que, encima, tiene que ir a donde nadie quisiera. Cuando releas la parábola, intenta descubrir en ti mismo la complejidad de estas emociones y reflexiona sobre ellas. ¿Cuáles están siendo un peligro para ti y para los más cercanos?

Que el enfado no nos haga caer en peligros mayores. Que sea fuerza para cambiar, para ayudar también a cambiar lo que no funciona. Para hacer el camino un poco mejor para todos.



MEDIA VUELTA



Llevamos años escuchando que Cuaresma es conversión. Así lo vamos a escuchar muchas veces en los textos de la liturgia. ¿Conversión a qué? A la “vida teologal”, dicen los tratados de espiritualidad. Una expresión difícil. Sí, estamos llamados, en todo momento, a convertirnos un poco más al Evangelio, como personas, como Iglesia y como sociedad. Hay un pequeño texto del profeta **Miqueas** (Miq 6, 8-15) que siempre me ha resultado iluminador: “Escucha, lo que el Señor te pide es tan solo que ames con ternura, que practiques la justicia, que camines humildemente con tu Dios”. Ese caminar humilde, con Dios, inseparable de la justicia y del amor, es como yo traduzco lo “teologal”.

Pero esa vida no se puede dar así como así. Comienza a partir de una experiencia fundante, sorprendente e inmerecida, del regalo de un encuentro con el Dios vivo, que reorienta radicalmente el ser y el actuar. Tampoco es solo de un momento, tiene que ver mucho con vivir en proceso, con ponerse a tiro, con vocación, incluso dentro de la vocación. Quizá sea eso lo que viven los segundos invitados de la parábola, aunque el texto no lo muestre. De hecho, el nuevo nacimiento, como todo lo humano,

es frágil: necesita cuidados y fortalecimiento, pero, aun desde la pequeñez, proporciona nuevas raíces para pensar, sentir y obrar.

Esta experiencia, que a veces es irruptiva, siempre necesita de crecimiento, de camino, de fidelidad. Igual que una relación amorosa entre dos personas no puede quedarse en el enamoramiento inicial, también en la relación con Dios necesitamos del roce continuo, de crear vínculos. Si no, caeremos en un infantilismo incapaz de dar respuestas profundas.

Y es que hay que aprender a vivir “en relación” con Dios. Olvidemos cualquier noción de “pureza”, pues seguir a Jesús no supone liberarse del pecado, que subsiste, y solo es necesario medio minuto de calma para verlo en tu día a día. Siempre implica un esfuerzo –lo que normalmente hemos llamado con otra palabra difícil: *ascesis*– para realmente dejar a Dios que sea el protagonista de su obra en nosotros, amoldándonos a su ritmo. Solo se aprende con tiempo y, como dicen los clásicos, “a luz del Espíritu Santo”. Lo bueno es que no hay que saberlo todo, controlarlo todo, tenerlo todo, para poder vivir esta relación, del mismo modo que dos personas no deberían necesitar una seguridad absoluta para casarse.

Esta conversión desde la experiencia fundante implica otra forma de amar y de ver, de mirar todo desde Dios. De nuevo, no estamos hablando solo de grandes verdades ideológicas, sino más bien de *discernimiento* y *experiencia*, porque implica desarrollar nuevos

órganos de percepción de la realidad: conocer, amar, sentir, todo en uno. No tiene mucho que ver con el “estar informado”, sino con el “saber”.

En este momento estamos totalmente sobresaturados de información, hasta el punto de preguntarnos de qué se hablaba en los informativos antes del coronavirus. Pero eso no quiere decir que realmente *sepamos*. Crece la información al mismo tiempo que la desinformación, como la simiente crece con la mala hierba... (cf. Mt 13, 24-30). ¿Tendremos también que empezar un camino de conversión hacia el “saber”? ¿Nos pasa con el Dios de Jesús lo mismo que cuando la pandemia parecía “un virus chino”, lejano y hasta pintoresco, pero que no nos implicaba personalmente? Y ahora que nos volvemos a recordar que solo se conoce lo que experimenta, ¿en qué necesitamos convertirnos? ¿En qué necesitamos confiar?

Intuimos que, a veces, la forma de avanzar es dar media vuelta, volver a lo esencial, a lo que quizás no hemos dado importancia cuando la situación era más fácil. Nos falta seguir “sabiendo”, no solo conociendo, y eso tiene que ver con la confianza, es decir, con la fe.

CONSTRUIR UN CAMPAMENTO



Nuestro camino da muchas vueltas, puede volver sobre sus pasos una y otra vez. Implica trabajo, esfuerzo, compromiso... y eso nos agota. Necesitamos un punto de reunión, un espacio seguro, un “campamento”. ¡Cuánto de esto podría aportar nuestra Iglesia... y cuánto nos falta por aprender! Sí, en Cuaresma la Iglesia también tiene necesidad de conversión.

A pocas instituciones ha afectado tanto la actual “cultura de la sospecha” como a la Iglesia. Además de la necesidad de que, como comunidad de creyentes, respondamos a la pregunta de qué somos y qué decimos de nosotros mismos, estamos continuamente “bajo examen”. Frases habituales como “mucho dicen, pero luego...”, “de los curas ya se sabe...”, “algo habrá...” (y estas son de las más

*Señor, dame ingenio
para afrontar los problemas,
cordura para responder
en las horas de conflicto,
libertad para defender mis razones
y madurez para entender
los motivos ajenos.*

*Dame sentido del amor
para discutir con calma
y sentido del humor
para mirarme al espejo
cuando la cara habla
de enfados y mosqueos.
Dame, en fin, la paz y la mansedumbre
de los bienaventurados,
que, sin perder la coherencia,
se niegan a perder la sonrisa.*

José María Rodríguez Olaizola, SJ



» benévolas..., no olvidemos que, desgraciadamente, muchas de ellas son bien merecidas), son también una llamada a volver a lo esencial: qué es y qué está llamado a ser este Pueblo de Dios.

No sirven respuestas del pasado ni añorar presuntas épocas mejores, donde una aparente cultura de cristiandad parecía empapar todo. Nuestra misión es responder a las preguntas que la sociedad actual nos demanda, y para eso no sirven fórmulas vacías. Teológicamente ya sabemos que no “creemos en la Iglesia”, pues no es un asunto de fe: nos guste o no, existe. Creemos “en” la Iglesia, dentro de ella, porque no puede haber fe si no hay comunidad. ¿Cómo contemplo a la Iglesia? ¿Cómo asumo su imperfección, a veces desesperante, como lo son todas las familias? ¿Cómo “creo” yo la Iglesia? ¿Vivo mi fe con

*“Ánimo, soy yo, no tengáis miedo”
La tempestad nos ha dejado
abrumados, Señor.
Es de noche, estamos cansados,
tú no estás.
Nos arrollan las olas.
El demonio del miedo nubla nuestra
mente, nuestra fe vacila.
¿No te importa que muramos?*

*Sí, te importa, somos preciosos a tus ojos
Valemos más que muchos pájaros,
que se venden por un céntimo.
Hasta los cabellos de nuestra cabeza
están contados.
Llevas escrito nuestro nombre
en la palma de tu mano.
Y nos levantas hasta tus mejillas
como hace el padre con su hijo.*

*Nos amas desde siempre,
nos has traído a la existencia,
tienes para cada uno de nosotros
un proyecto de bien
y si en ciertos momentos
no comprendemos qué sucede,
sabemos que tu amor es fuerte
y nada nos puede arrancar
de la mano de Dios.*

*Tengo fe en ti, Dios digno de confianza,
has dado sin medida tu vida.
Tengo esperanza en mí, amado desde
siempre, creado capaz de amar.
Tengo fe en la vida, que acojo y amo,
como el don más precioso.
Tengo esperanza en el futuro, porque,
ocurra lo que ocurra, Tú estás conmigo.*

Paolo Curtaz

exigencia en lo personal y poco en lo comunitario? ¿Qué me une realmente a estos hermanos y hermanas, algunos por videoconferencia, tan extraños en apariencia?

Sin duda, uno de los grandes desafíos es contestar con coherencia y profundidad a la pregunta de qué debe ser la Iglesia. Esto nos exige una continua actitud de búsqueda y escucha de la Palabra, no solo a nivel personal, sino también institucional. Supone un esfuerzo continuo por evitar los “añadidos” que se han instalado en la institución sin tener que ver con Jesús y su mensaje, y por centrarnos en lo esencial y más cercano al Evangelio. Hay gestos sencillos que llegan más que mil palabras. Nos cuesta ver la realidad salvífica y comunitaria en muchas de nuestras celebraciones, monótonas y casi de compromiso (¡ojo!, que aquí no siempre tiene toda la culpa el cura). Una vez escuché a un profesor de Religión afirmar que “el mayor obstáculo para que esta gente crea en Dios es la misma Iglesia”. Es una exageración, pero ¿puede mostrar algo real?

Es un proceso que solo se puede realizar desde dentro la Iglesia: no podemos limitarnos a un mero estudio sociológico, ni podemos pretender comprender la Iglesia desde fuera, como si fuésemos observadores asépticos. La Iglesia es una realidad de fe, que es creída por los fieles y, a la vez, una comunidad de seres humanos limitados, pecadores, inconscientes... y, al mismo tiempo, es una creación de la Palabra como comunidad. Resulta sugerente que el siempre imprescindible sociólogo **Javier Elzo** aporte, como una de las posibles respuestas a si el cristianismo tiene futuro, el valor “fraternidad”⁴.

Hablar (y criticar) a la Iglesia es fácil. Comprender realmente qué es resulta mucho más difícil. Construir la, “desde abajo y desde dentro”, es un desafío aún mayor, todo un proyecto de ascesis cuaresmal. Nuestro tiempo nos lo exige, pero también la propia Iglesia debe repensar su significado. No solo por recuperar relevancia, sino, sobre todo, por cumplir su misión junto a todos: transmitir un mensaje de esperanza y ofrecer un hogar para conocer a Jesús de Nazaret y profundizar en la propia fe.

SEGUIR LA DIRECCIÓN



Cuando el papa **Francisco** nos ofreció “Un plan para resucitar” (*Vida Nueva*, nº 3.174, 18-24 de abril de 2020), a algunos nos surgía la llamada a, sencillamente, permanecer, a seguir. Puede verse de forma simplista, como el símbolo de la pista de “seguir la dirección”, una sencilla flecha. Pero su significado, de nuevo, nos devuelve a lo esencial: la fidelidad, la presencia sencilla, seguir el camino con confianza.

Es contundentemente real que, en última instancia, la existencia cristiana es paradójica. La propia experiencia de Dios, si la tenemos, es radicalmente paradójica. Dios es el totalmente Otro, escapa a nuestra comprensión, no puede reducirse a un concepto, a una imagen o a una medida. Pero sabemos desde la fe que nos ha salido al encuentro, nos ha hablado por los profetas y ha compartido nuestra condición humana. En el mismo acto en que se nos da como un Tú para nosotros (el Emmanuel, Dios-con-nosotros), se revela como el Absoluto, el diferente, el incondicionalmente libre. Lo experimentamos como fiel, pero no disponemos de Él. Su fidelidad no es ninguna garantía de seguridad. De nuevo, *teologalmente*, solo puedo abandonarme confiadamente, sin poseer.

¿Cómo avanzar en este camino? El mismo movimiento es ya crecimiento. Cuando las certezas fundamentales de la fe calan en nuestro interior, no solo de cabeza sino sobre todo de corazón, se está caminando. Cuando ponemos en el centro la obediencia de fe, la vida como vocación, la llamada y la respuesta, peregrinamos, humildemente, con nuestro Dios, que se nos ha hecho el encontradizo en el camino. No consiste en tener respuestas para todo, con la ilusión de sentirse seguro y protegerse de lo oscuro e imprevisible. Ya sabemos que no podemos. La propia realidad es tajante cuando nos damos cuenta de que estamos hablando de vidas, no de números.

Consiste en vivir, también en la incertidumbre, en diálogo con la realidad compleja que es la existencia humana. No basta saber

*Me duele mi vida. Me duele la Iglesia.
Me duelen tantos gritos de dolor
que no escuchamos.
Me duele nuestro silencio político
para no hacer política.
Me duele que se nos vea siempre
al lado del poder...
Me duele que estemos
más preocupados de nuestros
derechos que de la dignidad
de toda persona humana.*

*Me duele que estemos más
ocupados por nuestros bienes que
por buscar que todos tengan bienes.
Me duele que pensemos que siempre
tenemos la verdad y que busquemos
imponerla.
Me duele que actuemos como si
el Espíritu Santo fuera monopolio
de unos pocos.
Me duele nuestra falta de fe
en la presencia activa del Espíritu
en la vida de todos los creyentes.*

*Me duelen nuestros silencios, nuestros
múltiples "lavados de manos",
nuestras falsas prudencias, nuestras
esquizofrenias, la distancia entre lo que
creemos y hacemos, entre lo que decimos
y vivimos, entre el Evangelio y la vida.*

*Me duele el no-lugar que ocupa la mujer
en nuestra Iglesia.
Me duele nuestro clericalismo.
Me duele que seamos tan semejantes
a las personas religiosas que criticó
tan duramente Jesús en su época.
Me duele nuestro silencio, nuestra
indiferencia, nuestras cobardías.
Me duele... me duele mi vida,
me duele mi Iglesia.*

José Luis Fernández de Valderrama

que necesitamos el perdón y la ceniza del miércoles que inaugura nuestra Cuaresma. La cuestión es vivir buscando la libertad y encontrarnos con decenas de esclavitudes, comenzando por ese egoísmo que, si me descuido, es más fuerte que yo.

Desde esa experiencia fundante, se crece en otras certezas, de las que me atrevo a señalar algunas que todos necesitamos "creémoslas" del todo: que Dios es soberano sobre toda realidad; que todo es gracia, a pesar de la realidad del pecado y del mal; que podemos confiar en la Providencia por encima de todo; que lo más importante y todo se juega en lo oculto, en el interior; que la paz no es únicamente lo contrario a la intranquilidad o la desazón, sino, sobre todo, poder estar "revuelto"



y, en el fondo, tener paz; que es contradictorio un presunto amor a Dios que no ame al que tenemos al otro lado de la pantalla y luce por su dignidad; que esta vida desde el Dios de Jesús es un regalo inmerecido, pero también una responsabilidad.

Y para vivir todo esto, necesitamos abrirnos, perseverando en el día a día, uniendo oración y acción. En Cuaresma decimos "ayunar para ayudar", y cada uno debe encontrar un nuevo significado a esas dos palabras. Por eso, la invitación es que cada día recordemos lo que Dios ha hecho en nuestras vidas, lo agradezcamos, nos pongamos de nuevo en camino y miremos con esperanza lo que nos espera. Así, poco a poco, paso a paso, nos vamos configurando con la misma actitud de Jesús, que "siendo Dios, tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos" (Flp 2, 6-7).

Tener un corazón indiviso, "todo-amante", es una llamada particular y exigente, aunque nos sintamos a menudo espectadores culpables, como decía Thomas Merton. Ánimo: hay muchos más hermanos y hermanas en el mismo camino. Otros lo han recorrido antes y muchos

otros vendrán después, sin duda: Dios es el verdaderamente fiel.

FIN DE PISTA



¿Y al final? ¿Pero a dónde nos lleva todo esto? Ojalá tuviera alguna respuesta concreta y evidente. No sé si de todo esto saldremos mejores, pero sí que se está construyendo una realidad nueva. Sé que hay un final. Que Dios es quien tiene la última palabra, y que la dará al final. Y que, si viene de Dios, será bueno. La señal de "fin de pista" es realmente sugerente: un simple punto rodeado de un círculo, o mejor un círculo que



*Un día llegaste a comprender que,
sin darte cuenta de ello,
ya estaba inscrito en lo más profundo
de tu ser un "sí" al Señor.
Y así fue como te decidiste
a seguir los pasos de Cristo...
En el silencio de la presencia del Señor,
escuchaste: "Ven, sígueme;
te daré un lugar para el descanso
de tu corazón".*

Roger de Taizé⁵

JUEGO DE PISTAS PARA UNA CUARESMA HAMBRIENTA DE ESPERANZA

» tiene un centro claro. De nuevo una llamada a lo esencial y lo sencillo.

Sí, son afirmaciones de fe, de las que solo se entienden “de vuelta”. Con la confianza serena de santa **Juliana de Norwich**: “Todo acabará bien, y cualquier cosa, sea cual sea, acabará bien cuando las lenguas de llama se entrelacen en el nudo de fuego coronado y el fuego y la rosa sean uno”, en versión de **T. S. Elliot**.

Sí, nos esperan tiempos difíciles. Tiempos en los que tendremos que seguir respondiendo a los grandes límites: a la soledad, a la libertad, al sentido, a la muerte. La Cuaresma es un tiempo propicio para entrenar en lo necesario para poder caminar en este bosque oscuro y desconocido. “En tiempos recios, amigos fuertes de Dios”, decía santa **Teresa de Jesús**.

Sí, hay peligros, y es legítimo sentir enfado o querer tirarlo todo por la ventana. En la vida personal, en la sociedad y en la Iglesia. Pero no podemos prescindir de ninguna de esas dimensiones, aunque, sin duda, vivimos en un momento que requiere arrojo y valentía. En su último y recomendable libro, **Joan Chittister** nos recuerda que ahora es el momento de los profetas, de aquellos que se niegan a aceptar una visión limitada desde el ayer y vacía para el hoy⁶. “La vida –en palabras de **Anáis Nin**– se contrae y expande en proporción directa a nuestro coraje”.

Sí, caben diferentes itinerarios, con diversos recorridos y etapas comunes.

A veces, será necesario pararse, tomar aire para evitar quedarnos atenazados por el miedo; otras veces, solo confiar y seguir adelante, casi con los ojos cerrados. Adelantar la conmoción de la incertidumbre y, sencillamente, permanecer en fidelidad. “Nadie fue ayer, / ni va hoy, / ni irá mañana / hacia Dios / por este mismo camino / que yo voy. / Para cada hombre guarda / un rayo nuevo de luz el sol... / y un camino virgen / Dios” (**León Felipe**).

Sí, de esto ya nos había avisado la historia, como nos siguen avisando los que pueden mirar un poco más allá, desde la ciencia o, mejor, desde el “saber”. La Cuaresma nos ayuda a prepararnos para celebrar, aunque sea “de aquella manera”, la Pascua. No hay mayor invitación a la esperanza. El propio Jesús ya nos ha dicho: “Mira, yo hago nuevas todas las cosas” (Ap 21, 5).

Tenemos muchas pistas, muchas posibles ayudas, y cada uno puede encontrar las suyas. A veces, hay indicios en los lugares más insospechados, como en el monólogo que la serie de Netflix *The Crown* pone en boca de un **Felipe de Edimburgo** en plena crisis de la mediana edad, queriendo escapar de una vida que le ahoga. Que se convierta en oración e invitación a recorrer este sendero cuaresmal, hambriento de esperanza. Nos encontraremos en el camino, en medio de un bosque oscuro, pero lleno de pistas. ●

No empezó en un momento concreto. Fue más bien algo progresivo. Una gota tras otra y otra, y otra de dudas, desafecto, desagrado, desconsuelo. Los que me rodean ven que estoy más irritable. Soy incapaz de sentirme tranquilo, o satisfecho, o realizado.

Y si nos fijamos en todos estos síntomas, claro que no hace falta ser un genio para darse cuenta de que todos ellos sugieren que he entrado de lleno en una... Ni siquiera puedo nombrar el tipo de crisis. Esa crisis. Y todos oímos hablar sobre otros que pasan por esa crisis, y al igual que ellos, acudes a los lugares habituales, recurres a las típicas cosas para intentar sentirte mejor. Algunas de ellas las puedo admitir aquí y otras, probablemente, no debería.

Mi madre murió hace poco. Ella vio que algo estaba fuera de lugar. Es una buena expresión. “Fuera de lugar”. Vio que algo se perdió en su hijo pequeño. La fe. “¿Cómo está tu fe?”, me preguntó. Debo admitir que la perdí. Y sin ella, ¿qué nos queda?

La soledad, el vacío, la decepción de ir hasta la Luna para encontrar solo una terrible desolación, un silencio aterrador, oscuridad, eso significa no tener fe. Lo opuesto a buscar asombro, éxtasis, el milagro de la divina creación, el diseño de Dios y su propósito.

¿Qué intento decir con esto? Intento decir que la solución a nuestros problemas creo que no está en el ingenio del cohete o la ciencia, la tecnología, ni siquiera en la valentía. No, la respuesta está aquí (cabeza) o aquí (corazón), donde quiera que resida la fe⁷.

Notas

1. La parábola se encuentra tanto en el evangelio de Mateo como en el de Lucas (Mt 22, 1-10.14 y Lc 14, 15-24). Mateo introduce la parábola dentro del contexto de las cuestiones escatológicas y, por tanto, de la pregunta sobre el juicio venidero y el papel de Jesús. En él, la parábola del gran banquete va a continuación de la de los viñadores malvados (Mt 21, 33-46), que no reconocen al Mesías, sino que lo asesinan. Mateo intensifica la parábola del banquete haciendo que uno de los invitados sea expulsado del salón de banquetes. Para esta reflexión, prefiero la versión de Lucas, que siempre subraya la pequeñez.
2. Muchas de las sugerencias de lectura de esta parábola vienen de **Steinhäuser, Martin**, *Gott im Spiel: Godly Play weiterentwickelt. Jesusgeschichten*, Evangelische Verlagsanstalt, Leipzig, 2018.
3. Confieso que tengo dudas sobre la autoría de esta oración, aunque eso no invalida su belleza. Aparece por doquier en internet, pero no la he encontrado publicada, en obras de estudio, como la recomendable **Rougier, Stan**, “Que peut-on dire aux hommes?” *Saint Exupéry en approche de Dieu*, Mame, París, 2017.
4. **Elzo, Javier**, *¿Tiene futuro el cristianismo en España? De la era de la cristiandad a la era post-secular*, San Pablo, Madrid, 2021.
5. **Hermano Roger de Taizé**, *Las fuentes de Taizé. Dios nos quiere felices*, PPC, Madrid, 2005, p. 52.
6. **Chittister, Joan**, *El momento es ahora. Llamada a una valentía excepcional*, Sal Terrae, Santander, 2021.
7. En “Moon dust”, magnífico séptimo capítulo de la tercera temporada de la serie *The Crown* (Netflix, 2019).

